Antón Costas

Los otros 'Brexits'

Tienen algo en común el *Brexit* británico, el independentismo catalán y el trumpismo de Estados Unidos? Aunque parezca que mezclo churras con merinas, tengo para mí que sí existen similitudes. Es el intento de una parte de esas sociedades de *salir* de una situación social y/o política que viven como opresiva, indigna, degradante, que daña la condición de ciudadanía. Para escapar a esas situaciones buscan salir de la UE, de España o del orden económico internacional en el caso de Estados Unidos.

Estos intentos de salida se producen también, o están latentes, en otros países. En la propia España con el nacionalismo vasco y gallego; en el Reino Unido con el independentismo escocés; en Francia con el ascenso de Marine Le Pen; en Austria, con la repetición de las elecciones; en Finlandia, donde el Parlamento ha pedido al Gobierno que estudie las ventajas de salir del euro; y en otros lugares.

¿Cuál es la causa de estos intentos de salida? No hay un único factor. Pero, a mi juicio, el principal es la economía: el malestar con los resultados económicos de la integración europea y de la globalización. Más del 60% de la población de los países desarrollados ha visto como sus ingresos reales se estancaban o caían de forma continua e intensa desde la década de los ochenta. Y, a la vez, se ha extendido la percepción de que no hay oportunidades de futuro para ellos. Que las generaciones jóvenes serán más pobres que las de sus padres y abuelos.

Existen otras causas de naturaleza cultural y política, como el sentimiento de pérdida de identidad cultural y de ciudadanía política provocada por los flujos inmigratorios. Pero también en este caso la economía es un factor importante. Porque esos flujos inmigratorios no son sino los intentos individuales de escapar a situaciones nacionales que no dan oportunidades, ya sean para los jóvenes europeos del sur o los que vienen de fuera.

El deterioro de las condiciones de vida y la falta de oportunidades de una gran parte de nuestras sociedades es, por tanto, un fenómeno político de primera magnitud a la hora de explicar estos *Brexits*.

Sorprendentemente, este malestar con la economía ha sido olvidado, cuando no despreciado, por el *establishment* político conservador y socialdemócrata, y también por las élites económicas. La razón de la ceguera de las élites es que desde la caída del muro de Berlín han estado dominadas por un optimismo dogmático en los efectos de "más Europa" y más globalización. Un optimismo que ha alimentado el cosmopolitismo apátrida de las élites. Uno de los efectos de este cosmopolitismo apátrida es la huida de las élites de los impuestos nacionales para refugiarse en paraísos fiscales, ya sean europeos o globales. De ahí que la ciudadanía cosmopolita sea vista como lesiva para la ciudadanía nacional.

JAVIER AGUILAR

Están causados por el deterioro de las condiciones de vida y la falta de oportunidades de gran parte de nuestras sociedades

La emergencia del populismo político tiene que ver con la incapacidad de los partidos tradicionales para dar respuesta a la creciente pobreza y al cosmopolitismo apátrida. Los líderes populistas aciertan al identificar las causas. Pero yerran en las soluciones. Sus propuestas son medidas aparentemente simples y fáciles, pero equivocadas. Consisten en un mix de nacionalismo político, identidad cultural y proteccionismo económico. Es un cóctel explosivo, como muestra la historia de principios del siglo XX.

La solución está en restablecer el equilibrio entre lo que han de hacer los gobiernos nacionales y lo que se ha de hacer a escala europea y global. En unas circunstancias similares a las actuales, el gran economista británico John Maynard Keynes escribió en 1936, en sus notas finales a su obra magna, la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, que "bajo el sistema de *laissez-faire* nacional y el patrón oro internacional, que era el ortodoxo en la segunda mitad del XIX, no había medio disponible de que pudiera echar mano el gobierno para mitigar la miseria económica en el interior, excepto el de la competencia en los mercados; porque se desechaban todas las medidas que pudieran ayudar a un estado de desocupación crónica o subocupación intermitente, excepto las que servían para mejorar la balanza comercial...".

Lo mismo ha ocurrido en las últimas tres décadas. La globalización y el euro, que fue la ortodoxia de las últimas décadas, han sido camisas de fuerza que han dejado a los gobiernos nacionales inermes para poner en marcha medidas que mitiguen la miseria, excepto el recurso a las reformas laborales para bajar salarios y condiciones de trabajo, verdaderas nuevas "leyes de pobres" como las del siglo XIX, coincidiendo con la revolución de la industrialización y la primera globalización.

Lo prioritario ahora es restablecer el equilibrio entre los tres vértices de un triángulo mágico: integración/globalización, Estado nacional y ciudadanía democrática. No es fácil. Pero si no se hace, veremos otros muchos *Brexits*.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

Un pregón

A pesar de las distancias con algunos pregoneros de la Mercè, nunca me he sentido motivada para hacer la crítica de la elección. Al contrario, he defendido nombres que sufrían una fuerte contestación porque siempre me ha parecido que a) el pregonero es una potestad de la alcaldía y b) toda disidencia es buena en la capital de Catalunya. No será hoy, pues, el día en que rompa esta posición que he mantenido durante años.

Pero si el nombre o las ideas del pregonero quedan fuera de esta norma autoimpuesta, no es así con los adjetivos que le colocan como motivo para escogerlo.

Al grano, que es verano. La alcaldesa Colau ha decidido que el escritor Pérez Andújar sea el pregonero de este año, no se sabe si porque le gustan los libros o los artículos, o pertenece a su pomada ideológica, o etcétera. Tiene la vara de alcaldesa y ello le otorga el derecho a decidir quién festeja a la ciudad en su día de gala. Pero cuando Colau asegura que ha elegido al escritor porque "representa los valores que quieren reflejar las fiestas", tenemos un problema. Y hago referencia. Pérez Andújar es un progre de manual que, como corresponde al catecismo de tal fe, odia a los convergentes, ridiculiza a los soberanistas, considera que Catalunya es provinciana y desprecia Barcelona. El párrafo de una entrevista suya, como ejemplo: "¿Barcelona, qué ha dado? ¿La mejor tienda del mundo? (nos partimos de risa). Yo no deslegitimo la aspiración de nadie a fundar su propio Estado. ¡Aquello que sí me parece delirante es pensar que montarás un Estado que será la hostia! Montarás un Estado pequeño, de pueblo. Como las Barbados". La idea de que pueda ser un Estado como Dinamarca –por cierto, más pequeño demográficamente– ni le pasa por la cabeza, sólo faltaría.

Requisitos para ser pregonero: ser de izquierdas, ser de 'El País' y defecar sobre el independentismo

Para rematar, publicó hace poco un artículo donde comparaba el movimiento independentista democrático con los ayatolás de Irán. Es decir, el pregonero de la Mercè será un señor que desprecia, ridiculiza y embrutece el sentimiento de la mayoría del Parlament y de todo el país, mientras banaliza el integrismo islámico. Y sobra decir, como es costumbre en la familia pijoprogre, que lo hace desde la atalaya de su superioridad intelectual y moral. Porque, como bien sabemos, sólo son intelectuales de categoría los que cumplen tres requisitos: ser de izquierdas, defecar encima del independentismo y publicar artículos en *El País*, de donde siempre salen los pregoneros progres políticamente correctos.

De manera que la cosa irá, más o menos, de esta guisa: enaltecimiento del pueblo obrero y de los barrios marginados, convertidos siempre en la contraposición ideal de la pérfida "Barcelona burguesa", defensa del cosmopolitismo frente a los provincianos "catalufos" y, como decía Salvador Cot, un poco de Serrat y Gimferrer, para aliñar la perorata.

Todo muy viejo, todo muy conocido, todo perfectamente confortable para el sistema.●

Jordi Llavina

Leer en marcha

Uno de los placeres que practico con cierta asiduidad este verano es el de pasear entre viñedos leyendo un buen libro. Que nadie se engañe: no es esa la mejor manera de leer (ni tampoco la mejor manera de pasear). Suelo advertir a mis alumnos que la manera más provechosa de leer consiste en apoyar el libro en una mesa (o en un atril, quien tenga uno a mano), a la par que se utiliza abundantemente el lápiz (jamás una herramienta que destile tinta) para ir enriqueciendo con impresiones o comentarios propios los márgenes de la página, o para *decorar* las de cortesía con ideas de la obra que leemos y la respectiva remisión a la página. Durante muchos años, cada día entrevistaba a un escritor para un programa de radio que presentaba. Esa manera de proceder me permitía ir elaborando la entrevista según iba leyendo.

Pero se puede leer de otros modos. Hay quien se acuesta con la novela, y termina por quedarse frito con la luz encendida y el tejadito del libro encima del pecho (una casita de papel a la que regresará al día siguiente a la misma hora, para releer el capítulo cuya comprensión enturbió el fatal sopor). Y hay quien va más allá, y se lleva el libro de paseo.

Fruto de este último modo de proceder, el otro día tuve una sorpresa. Yo andaba cerca del pueblo de Les Cabanyes, releyendo *Mirall trencat*, de Mercè Rodoreda. De repente, doy con este fragmento: "Se casaron aquella primavera en Santa María del Mar. Valldaura quiso pasar la luna de miel en la heredad de Vilafranca. '¡Vas a ver qué viñedos!'". Mi alegría fue inmensa, puesto que se daba una especie de profunda coincidencia entre el paisaje de algunas páginas de esa novela admirable (en la citada heredad, pasan la noche de bodas Teresa y su esposo, pero también la hija de ambos y el tedioso tendero que ha adoptado como marido) y el paisaje que, en ese preciso momento, yo transitaba.

Al poco, me encontraba en Cadaqués, adonde me llevé el libro homónimo de Pla. Enfilando un camino, entre márgenes de piedra de pizarra, hacia Port Lligat, releí una frase sobre la antigua soledad del pueblo ampurdanés: "Acaso todo era más hermoso porque nadie lo miraba, porque el secreto permanecía cerrado e inviolado". Esta vez no hubo correspondencia (pero sí verdad revelada): una familia francesa muy ruidosa buscaba la casa de Dalí, y yo me avine a mostrarles el camino.●